

HORACIO

QUIROGA

EL INFIERNO

VERDE

CUENTOS DE TERROR SELVÁTICO

MISHKIN EDICIONES

EL FESTÍN DE BABETTE
COLECCIÓN MISHKIN DE NARRATIVAS

Horacio Quiroga

El infierno verde

Cuentos de terror selvático

MISHKIN EDICIONES

Publicado por:
Mishkin Ediciones, S. L.
Calle Cervantes, 14, 28014 Madrid
www.mishkin-ed.es
mishkin@mishkin-ed.es

© De esa edición de *El infierno verde. Cuentos de terror selvático*:

Mishkin Ediciones, S. L., 2019

© De la *Breve invitación a la figura de H.Q.*: Carmen Cáceres, 2019

ISBN: 978-84-120259-0-3
Depósito Legal: M-16956-2019

Diseño de cubierta: KEN, Mutilva Alta (Navarra)

Diseño de la colección: Nacho Urbina (Madrid)

Ortotipografía: Carmen del Castillo

Producción: Calamar Edición & Diseño

C/ Gran Vía, 69. 28013 Madrid

Impreso en España - Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Breve invitación a la figura de Horacio Quiroga

Carmen M. Cáceres

«Mi posición es la de un hombre que ante la naturaleza se pregunta si ha plantado lo que debe, cuando ya escribió lo que pudo», dice Horacio Quiroga en una carta escrita en 1936. Entonces tiene 58 años, se ha quedado viudo por segunda vez y sus hijos viven a mil kilómetros de distancia. Sus cartas están repletas de descripciones de almuerzos frugales o inventos caseiros, listas con la cantidad exacta de naranjos cosechados y explicaciones de los sistemas de laboreo que usa en las ciento ochenta hectáreas que posee en la frontera entre Argentina, Paraguay y Brasil. La provincia de Misiones tiene larga fama como tierra de migrantes, desertores y sociedades utópicas. Allí los jesuitas intentaron levantar su ciudad ideal en el siglo XVIII, y allí fueron a mezclarse europeos anarquistas, nazis, militantes de izquierdas y de derechas, judíos, gitanos, japoneses y católicos del Este huyendo del hambre en las pre y posguerras del siglo XX. El infierno verde los recibe a todos pero solo el escritor consigue cristalizar esa mezcla en un universo particular.

Quiroga fascina a quien lo conoce porque es un converso. Nació en Salto (Uruguay) en 1878 y, en 1903, se nacionalizó argentino. Fue poeta, dramaturgo y fotógrafo; fundó grupos literarios de vanguardia y colaboró en prensa; vivió en ciudades como Montevideo, Buenos Aires y París; ofició de juez de paz y agregado consular. ¿Por qué alguien así decide aislarse en una selva sin fisura, tan lejos de la gran ciudad? ¿Qué oscura recompensa lo lleva a preferir el trabajo manual al oficio intelectual? ¿Cómo consigue traducir con naturalidad el camino que va de la cultura a la agricultura, y viceversa, inaugurando un espacio inédito en la literatura?

Se ha dicho que los cuentos que integran este volumen son la quintaesencia del terror rural (en inglés, folk horror), género que en la actualidad goza de buena salud como reacción evidente a la fantasía de huir de las ciudades superpobladas y antiecológicas. La naturaleza se percibe en este género como un elemento amenazante por su alteridad, regida por

una lógica supersticiosa y plagada de presagios. Quiroga es el maestro del terror rural porque en pocas páginas consigue que, además, la naturaleza condicione la lucha política —entendida, evidentemente, como la distribución del peso del poder. El ladronzuelo no solo intenta hurtar madera a las grandes compañías de la zona, debe hurtárselas también al río. El mensú —ese peón que ocupa la última escala de una sociedad extremadamente pobre— no sucumbe por los tiros del capataz, sino por la bravura del Paraná hinchado que lo abandona al hambre. La mujer no es heroína porque participe en igualdad de condiciones en la lucha por el sustento, sino porque consigue remontar la creciente y remar durante días para salvar al hombre del ataque de una raya.

Al leer «selva», «río» o «mensú», tal vez el lector sienta la tentación de entrar a estos cuentos con una curiosidad antropológica o turística, con la confianza bienhumorada de quien pasea por un sendero protegido en mitad de un parque nacional. Habrá que aclarar desde el principio que Quiroga no viene a contarnos los exotismos de una vida rústica o distante. La mayoría de estos cuentos se publicaron por primera vez, con bastante éxito, en revistas y periódicos de Buenos Aires o Montevideo. Sus lectores de principios de siglo —al igual que nosotros casi un siglo después— eran urbanitas, relativamente cultos y modernos. «No hay cosa más larga, más eternamente larga en la vida que una víbora de un metro ochenta que va pasando por pedazos, diremos, pues yo no veía sino lo que me permitía el claro abierto con el machete». Como buen traductor, Quiroga consigue instalar lo otro en el centro de lo propio y encerrar lenta, vorazmente al lector hasta enfrentarlo al pánico existencial de algo que amenaza pero jamás termina de asestar el golpe. ¿A quién puede horrorizar la inminencia de una fiesta de peones borrachos, o el profundo misterio de un jornalero elegante, si no a un lector de clase media?

Casi todas las formas de apocalipsis que imaginan los urbanitas regresan a una génesis sin moral en la que el hombre se ve obligado a medirse contra la naturaleza. Nada más terrorífico que encontrarnos en una situación límite y descubrir de lo que somos capaces. El hambre, la soledad, el desasosiego pueden llevarnos a creer en cosas que no sabemos cómo justificar. Esto, en otras palabras, es el miedo a la locura. No por casualidad la obra más celebrada de Horacio Quiroga es la que lleva por título Cuentos de amor, de locura y de muerte (1917), las tres circunstancias elementales que nos hacen percibir la vida en toda su intensidad. O, más que la

vida, la naturaleza humana. La forma en la que el narrador describe las ambiciones de los inmigrantes, las diferencias entre los peones o el lenguaje de los comerciantes no solo consigue mostrar su esencia, también su destino. «Me pregunté qué cantidad de ideal hay en la entraña misma de la acción, cuando prescinde en un todo el móvil que la ha encendido, pues allí, tal cual, desconocido de ellos mismos, estaba el heroísmo a la espalda de los míseros comerciantes».

Se sabe que el traductor debe aprender a convivir con la desconfianza de las partes, que siempre exigen definiciones que no puede dar. Con su barba de profeta y su delgadez fibrosa, Quiroga tuvo que aceptar primero la suspicacia y después la indiferencia del mundo de la cultura en Montevideo y en Buenos Aires. Pero también tuvo que convivir con el recelo de los agricultores en la frontera, que lo consideraban demasiado letrado y excéntrico. Esta doble desconfianza lo dejó en un lugar de soledad extrema que se parecía mucho a la libertad. Al igual que Thoreau, Quiroga contemplaba la desobediencia civil, valoraba el romanticismo del pionero y concebía la ambición de una vida autónoma. Pero, a diferencia de Thoreau, no contaba con la garantía de un final feliz. De hecho, en sus textos, el final parece siempre menos importante que el camino y, en ese tránsito, la naturaleza que hace y rodea al hombre no es jamás enemiga de la cultura, sino su materia.

A LA DERIVA

El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse, con un juramento, vio una yararacusú¹ que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada² hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche³. Los dos puntitos violetas desaparecerían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa.

Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

1. Yararacusú, o yará: víbora muy venenosa de gran tamaño, de color pardo con manchas blanquecinas.

2. Picada: senda estrecha abierta en el monte.

3. Trapiche: molino para aceitunas o caña de azúcar.

—¡Dorotea! —alcanzó a lanzar en un estertor—. ¡Dame caña⁴!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

—¡Te pedí caña, no agua! —rugió de nuevo—. ¡Dame caña!

—¡Pero es caña, Paulino! —protestó la mujer, espantada.

—¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana⁵. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

—Bueno; esto se pone feo... —murmuró entonces, mirando su pie, lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta, que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentóse en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná⁶. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú⁷ corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú⁸.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito —de sangre esta vez— dirigió una mirada al sol, que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la liga-

4. Caña: bebida alcohólica; aguardiente de caña.

5. Damajuana: garrafa para contener y conservar líquidos. Recipiente de barro cocido o vidrio que puede recubrirse de mimbre, de base ancha y cuello estrecho y corto.

6. El río Paraná, que tiene unos 4.800 kilómetros, nace en Brasil y separa este país de Paraguay durante unos cientos de kilómetros. Luego, a partir de su encuentro con el río Iguazú, hace frontera entre Paraguay y Argentina. Finalmente, se adentra en terreno argentino hasta su desembocadura en el Río de la Plata.

7. Iguazú: afluente del Paraná, en el curso del cual se encuentran las famosas cataratas.

8. Tacurú-Pucú: localidad paraguaya a orillas del Paraná. En guaraní significa *hormiguero alto*.

dura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría llegar jamás él solo a Tukurú-Pucú y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba; pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

—¡Alves! —gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano—. ¡Compadre Alves! ¡No me niegues este favor! —clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas, bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, atrás, siempre la eterna muralla lúgubre; en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incesantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tukurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona, en Tukurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón míster Dougald y al recibidor del obraje⁹.

9. Obraje: lugar desde el que se dirige la tala de árboles y el comercio de la madera. También lugar desde el que se extrae la arcilla y se fabrican ladrillos.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entre tanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho.

¿Que sería? Y la respiración...

Al recibidor de maderas de míster Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un Viernes Santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

—Un jueves...

Y cesó de respirar.